

EL VIAJE INTERMINABLE

Quizás una razón de ser para el que vive intensamente sea la melancolía. Palabra ardorosamente gastada —recordemos la necesidad de los románticos de sufrir—, ha sido, no obstante, capaz de renacer y adquirir nuevas significaciones en cada tratamiento, en cada verso que aspira a permanecer. Y, probablemente, no haya nada más melancólico que el ferrocarril: la estación que recordamos solitaria porque asediamos la aventura tenaz de un viaje interminable.

Creo que por allí va la apuesta poética de Isolda Dosamantes en *Altura lustral*. Una visión de ese viaje inacabado, inexplicablemente incompleto, es una suerte de constante imperiosa en el conjunto de poemas. Y, además, esta constante es reforzada por una atmósfera en la que predominan el polvo, la arena y escasas flores entre espinas, cercados por la angustia que provoca un desierto obsesivamente presente.

Escribe Isolda Dosamantes en el primer poema:

El ferrocarril espera anhelante
 abre su rostro a nuestras voces y esqueletos
 tomamos un lugar si nos alcanza
 partimos con sus ansias nuestras ansias.

Y aquí comienza el registro de un viaje espiritual que en su fijo itinerario busca resguardo en los elementos que la vista le ofrece: un “paisaje lánguido”, un cielo que presagia “los últimos colores del día”, “mujeres con canastas”: una sierra amorosamente feroz y sus fantasmas. Resquicio para el sueño, la noche también es una presencia inacabable, pretexto para el encuentro de los amantes con “pies llenos de hormigas”.

Entonces descubrimos la necesidad de sobrevivir en territorios previstos pero insospechados, conocidos pero inauditos: el “yo” lírico en la tesitura de un asombro que se nutre de sí mismo. Escribe la poeta en “*Altura lustral*”:

Cruzo la vía hacia el desierto
mis botas se desdoblán
los pies
inundados de mí. se aligeran,
entonces
el verde me cubre de espinas.

Un espacio físico que prohija el poema es, acaso, el camino más certero para vencer las asechanzas de lo innumerable. Hueco por donde el sol alienta otros encuentros —recuerdos—, ese espacio se llena de temores y de vida cuando está cerca de las piedras como ofrenda para construir el rito de la ausencia:

Me envuelve el sol y lo comparto
con el hombre al que entregue
la ofrenda de amor que guardaba entre mis manos
viajo hasta él lunas solares
beso su rostro y sangro
sangro las noches de otros brazos.

Y aquí, como en todo el conjunto, la sensualidad se erige para llenar de vida a un territorio cuidadosamente señalado por una aridez

sobrecogedora. Entonces, las piedras, la arena, las escasas flores y las espigas se pueblan de otros fantasmas más entrañables: el agua remota del recuerdo: la urgencia de los cuerpos.

Esmeradamente trabajada, la poesía de Isolda Dosamantes convoca al lector mediante un ritmo sostenido, a partir de la minuciosa distribución de vocales átonas y tónicas. Así, las imágenes —oxímoros, comparaciones, alusiones...— funcionan para que el poema trascienda la realidad inmediata y se convierta en una experiencia nueva: la de la poesía y su verdad de hacer este mundo azaroso un espacio más habitable.

-0-

Dosamantes, Isolda. *Altura lustral*. Colegio de Bachilleres del Estado de Sinaloa y Fundación Cultural Navachiste, A. C., Culiacán, Sinaloa, 2000. 24 pp. (Col. El Jején Africano, 5).